



La ley
del invierno Gemma
Ventura Farré



DESTINO

La ley del invierno

Gemma
Ventura
Farré

Premi Josep Pla 2023

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1612

Título original: *La llei de l'hivern*

© Gemma Ventura, 2023

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: julio de 2023

ISBN: 978-84-233-6348-3

Depósito legal: B. 11.050-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Toma aire pero se le escapa de la boca. Mi abuelo es un moribundo. Lo miro fijamente para memorizarlo, porque sé que mañana o pasado mañana ya no estará. Y por eso le hago fotos con los ojos. Como cuando era pequeña, que retrataba con los párpados a las personas que sabía que no vería más. Y eso era lo único que me tranquilizaba, porque si las retenía dentro de mí, quería decir que siempre que quisiera podría hacer que volvieran a existir. Y cuando finalmente las olvidaba no pasaba nada porque no me enteraba, y porque el olvido me protege, ya lo creo que me protege. Pero lo que os decía: no me puedo separar de él, pero necesito separarme. Y sin embargo, si me separo lo estoy abandonando, ¿verdad? Pero ¿cómo te puedes separar de alguien que sabes que no volverás a ver? Porque no me daré cuenta y ya estará enterrado en el hoyo, con la puñetera

cruz de madera, su nombre picado con martillo, la fecha del primer día, la del último y el guion en medio. El guion, esa raya corta en la que se concentra la existencia.

Nunca lo había observado durante tanto rato seguido, ni a él ni a nadie. Pero lo miro como si pudiese llegar a entender cómo es eso de tener cosas que hacer, que decir, y desaparecer. Que todos tus propósitos, tus inquietudes, tus obsesiones, tus manías, tus esperanzas, todo, ¿sabéis?, todo quede interrumpido. Pam. Hachazo. El árbol cae. Y que mientras con la pala te cubren de tierra, de una oscuridad parecida, o quizá de la misma, nazca un niño. Y que de un extremo al otro todo pase en un segundo. Y que yo esté ahora aquí en medio de ese segundo y, de repente, como ocurre con todos, pam, hachazo. Sí, sí, eso mismo: un día vivo, al siguiente muerto. Un día contento, al siguiente en el hoyo. Un día un chaval, al siguiente el pelo lleno de canas. Corre, corre, ve a por todo. Hachazo y abajo. Ostras, no sabéis cómo me agobia pensar en todo esto.

Desde aquí, al pie de la cama, le diría cualquier tontería, pero me da miedo: ¿y si se inclina y me responde?, y le susurro: Soy yo. Y observo con atención si abre un ojo, y me tranquiliza que no lo haya abierto y entonces me siento mal por haber deseado con todas mis fuerzas que no lo

abriese, pero vuelvo a intentarlo, así, muy flojito, demasiado flojo: Soy yo. Nada. Se esfuerza en respirar y se atasca y parece que vaya a ahogarse y si se ahogase yo no sabría qué hacer. Es que si ahora se muriese, tampoco sabría qué hacer. Soy tan inútil. Y cuando la sábana, amarillenta por el tiempo, se queda quieta y su barriga deja de moverse, me giro y echo ramitas secas al fuego, una tras otra. Y le pido a Dios o a quien pueda escucharme que por favor haga que le entre el aire. Pero entonces los segundos, tan insignificantes, se vuelven prepotentes, altivos, los muy cabrones me vacilan: Ya ves, todo depende de nosotros, y cuando me ha quedado claro, todavía me lo dejan más claro. Y en el silencio de piedra, con la cabeza gacha, me anuncio a mí misma: Ya está. Y él se sacude como un animal y su barriga gigante se vuelve a hinchar. Y, asustada, me doy cuenta: está demasiado lejos. Pero es que aunque sé que es él, parece que esté delante de otro. Es su cuerpo, sí, eso lo sé, pero él, el él de verdad, es como si estuviera cortando leña en el porche, fumando en el jardín, haciendo una tortilla, merodeando por aquí.

Doy los pasos necesarios, y me imagino que es un desconocido porque, si no, no los daría. De pie, junto al somier, le tiendo la mano como si él estuviera colgando del precipicio y yo tuviera que

salvarlo pero no me atreviera por miedo a que me la agarre demasiado fuerte y caigamos los dos. Valor, siempre me falta valor. Con la punta de los dedos le toco el puño. Ahí concentra su última fuerza. ¿Qué retienes? ¿Qué es lo que no quieres soltar? Lo toco casi sin tocarlo, lo justo para que sepa que estoy aquí, y por dentro le digo: Estate tranquilo. Porque en momentos así creo de verdad que se puede hablar con el pensamiento.

En la muñeca lleva puesto el mismo reloj redondo. La aguja de los segundos, después de tantos años viviendo en su pulso, le pide: Sígueme, haz círculos alrededor de los minutos, de las horas, de los días, de las primaveras, aguanta, no te salgas de la rueda, no te entregues a la línea infinita. O no, ahora más bien parece que lo expulse: Fuera, ya no perteneces al tiempo de los relojes. Y como si recorriese el contorno de alguien —Ricard, ¿piensa la gente en los secretos que hay dentro de cada cuerpo?—, mi tacto vaporoso sobrevuela la carretera de su brazo, ese brazo fuerte con el que cortaba troncos y que ahora es flacucho y pálido. Pero me aparto: ¿lo estoy violentando? O no: quizá, huérfano y mudo, necesita alguien que le haga de barandilla o de escalera o de túnel para ir allí donde va. Pero ¿cómo puedo saber lo que necesita si nunca lo dijo? Su pelo, de un gris apagado y sudado en la frente, está a un palmo del

cabezal, donde hay seis barrotes de roble que él mismo encoló, y encima, colgando de un clavo oxidado, la cruz que clavó allí la que fue su mujer. Arrumbado en la esquina, está el armario que no parece un armario, porque él no se entretenía en hacer muebles bonitos, sino prácticos. Está abierto, como siempre lo estaba. Ahí están las tres camisas con bolsillos en el pecho, los vaqueros gruesos, el jersey de lana, la cazadora de cuero, un par de calzoncillos largos agujereados por los muslos. Abajo, un cartón de tabaco, las botas verde oliva llenas de barro, unas cuantas bolas de calcetines, el cinturón desenrollado y las zapatillas con la lengüeta aplanada. Delante de la puerta está el lavabo, donde cada dos o tres días se untaba las mejillas de espuma, se pasaba la cuchilla, daba un golpecito en el lateral, abría el grifo y el remolino de agua se llevaba las puntas de barba. Donde el váter siempre estaba con la tapa levantada y si meaba fuera le daba igual, porque un jueves al mes venía la pesada de Roser.

Esta amplia habitación, con un techo tan alto que podría albergar otra planta, parece que alguien la haya vaciado y no haya dejado más que lo que te hace pensar en la soledad. Aquí uno se puede llegar a sentir muy solo. Y, sin embargo, no le falta nada. En esta cajita que encierra el tiempo hay lo mismo que había: el ventanal que

nunca he sabido abrir, con la cortina larga anudada a un lado y otro de la pared, y, delante de la cama, la chimenea. Cuando he llegado al atardecer y he visto desde el pasillo que era verdad que tenía las piernas rectas, con el pie con el que iba a entrar he dado un paso atrás y me he tocado la frente para borrarme lo que aún no había visto. Y tras dejar la maleta en el umbral, he bajado, peldaño a peldaño, intentando asimilarlo y, al mismo tiempo, desconfiando de ello, como si no pudiese ser. Y ya en el jardín, junto a los tres escalones del porche, os juro que me he vuelto loca: he aplastado ramitas, fuerte, fuerte, fuerte, y venga a metérmelas dentro del jersey, y cuando me ha parecido que tenía suficientes, he aplastado más para prolongar el momento de no subir. Y entonces he visto que estaban demasiado húmedas y me ha dado la neura, porque nada de lo que cogía me servía, y empezaba a oscurecer y venga a chafar fuerte, fuerte, fuerte, pequeño, más pequeño, más, y he tenido que ordenarme a mí misma: Basta. Me he llevado un puñado y he cogido un tronco de la pila de los palés. Y el pasillo, más largo que nunca. Y al final del pasillo, el temor a abrir una puerta medio abierta. Y he vaciado mi cabeza, concentrándome exclusivamente en lo que veía: las baldosas de terracota, los ovillos de polvo, la campana de la chimenea. Con una ceri-

lla he prendido las letras de un papel, y entonces me he girado, he visto a Ricard por primera vez y no lo he reconocido.

Le aprieto el brazo por si se sobresalta y se despierta. Pero vuelvo a incomodarme. Porque nunca lo había tocado, solo cuando de pequeña me pasaba el pan y su tacto y el mío coincidían un instante en el aire. Y si ese contacto, tan insignificante, resultaba para mí revelador, era porque entre su cuerpo y el mío existía una separación. Quiero decir que siempre estábamos un poco lejos, lo cual no significa para nada que lo sintiese lejos, solo que, si me cogía de la mano, yo era muy consciente de que me la cogía. No éramos como esa gente que se abraza: nuestro amor era una espina de pez. Me siento en la punta de la cama, el colchón se hunde y su enorme caparazón se balancea. No hay nadie, pero miro de reojo hacia la puerta. Cuanto más cerca estoy de él menos miedo tengo, como si el miedo fuera solo cuestión de distancia. Respira más tranquilo, por eso las manos ya no me tiemblan. No sé cómo decirlo que siento que estoy junto a un misterio, y que lo que hace un instante me daba pánico ahora tiene el efecto del fuego. Estiro un pie y después el otro, vigilando que nadie entre y que él no se despierte. Hundo la cabeza donde no hay almohada, porque las dos están bajo su pelo. Tiene los ojos cerrados; yo,

abiertos. ¿Es eso lo único que nos diferencia? Quién sabe si no estarás viendo más cosas que yo. De perfil, su rostro es aún menos su rostro: tiene la nariz chata y ancha, pero su piel parece de cera, de mentira. Y la ceja fruncida en una expresión de desacuerdo, y los labios medio abiertos por mi lado, como si quisieran decirme una última palabra: ¿cuál? Y la oreja todavía atenta: ¿Qué más te falta por escuchar? Estoy junto a alguien que es más cadáver que persona. ¿Qué lugar te espera, Ricard? ¿Es difícil llegar? ¿Me cuidarás desde allí? Y con una voz que es la mía me oigo decir lo que nunca le habría dicho: Te quiero. Y las palabras, tímidas pero ya dichas, caminan sobre los dos palmos de sábana y entran en su oreja gigante, en su cuerpo quieto.

Uno no elige la cama en la que morirá, porque ya me diréis quién va a pensar en eso. Puedes dar las gracias si te duermes donde has dormido cada noche. Tampoco piensas en quién estará sentado a tu lado. En quién será capaz de soportar el peso de esta espera indeterminada, en quién entrará, agachará la cabeza y saldrá, en quién encontrará una excusa para no venir y una vez que reciba la noticia se sentirá aliviado y arrepentido. ¿Quizá habrías preferido que en mi lugar estuviera la mujer que te dejó? ¿O tu hijo? ¿O alguien que no conozco? Da igual. Al final, no somos dueños

de nada, ni siquiera de nuestras decisiones, o sí, pero no demasiado: todos, de entrada, ya estamos hechos de una madera o de otra. ¿Tienes frío? Y pienso que sí, pero espera: ¿en qué momento me he apropiado de tu pensamiento? De encima del armario hago caer la manta que un invierno fue suave y este diciembre está áspera. La agito en el aire y los bordes deshilachados aterrizan en esos pies que no volverán a caminar. Pero ¿cómo que no? Ricard, ¿soy yo quien te está haciendo morir antes?

Estabas fastidiado de verdad y nadie lo sabía. Te dormías sobre la mesa de la cocina, no aceptabas que tenías fiebre, que algún mal te enlentecía, te despistaba y te anulaba, y abrías la verja de la calle y volvías a entrar. Y olías mal, y te orinabas encima, y no entendías casi nada, y cogiste el teléfono pero no marcaste ningún número. Roser te encontró todo manchado en la cama. Distes un grito y tu voz robusta sonó a cachorro desamparado: ¿Tú quién coño eres? Y del esfuerzo te quedaste sin palabras. Y desde entonces se te han acabado. Y las pestañas de arriba tocaron a las de abajo. Y ella corrió a llamarme. Juraría que incluso en el Ay, mi niña, no te lo vas a creer había la alegría de poder dar la noticia. Y juraría que después de llamarme a mí llamó a todo el pueblo, casa por casa, para contarle todo de tal manera

que acabaran felicitándola: Oh, si no hubiera sido por ti. Y la muy carroñera presumirá ya para siempre de haberte encontrado medio muerto. Es que no la soporto, es repugnante. Y, además, ya me dirás por qué te ha tenido que poner una bata, ¿no ves que se ríe de ti? Es que vestido así pareces un enfermo.